



PRAT FERRER, Juan J.
Bajo el árbol del paraíso. Historia de los estudios sobre el folclore y sus paradigmas
 Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008. – 472 p. – ISBN: 978-84-000-8703-6.

Como si de una secuencia interminable de nombres se tratara, la publicación aquí presentada nos ofrece un desfile continuo de personajes de diferentes lugares y épocas, conduciéndonos, inexorablemente, al conocimiento, mínimo pero acertado, de las diversas ideas que han imperado en muy determinados contextos, acerca de las variadas fórmulas de investigación llevadas a cabo. Sin lugar a dudas, no se trata de una historia del Folclore más, es, gracias a su extensión, un repaso exhaustivo de “la Historia del Folclore”.

El autor, conocido por su labor de articulista, principalmente en publicaciones como *Revista de Folklore*, *Oppidum* o la electrónica *culturaspopulares.org*, nos acerca al mundo de los cuentos, de los relatos y de todos y cada uno de los apartados en que tiene su aposento el ámbito “folclorístico”. Nos introduce fielmente en los entresijos de los diversos puntos de vista que sustenta la materia, mediante un esquema, que ocupa el gran formato del libro, dividiéndolo en cuatro grandes bloques. Todos ellos netamente marcados, cronológicamente solapados parcialmente, a pesar de la dificultad operativa, por la fina línea divisoria del tiempo.

Antes de comenzar este recorrido virtual, diremos que J. J. Prat utiliza tres términos clave que, a lo largo del texto, indican evidentemente la distancia entre el Folclore como disciplina o sistema de investigación de los conocimientos del pueblo y el Folclore como conjunto de las tradiciones, es decir, el ejercicio derivado de su realización.

Por ello, como objeto centralizador del concepto de estudio, e incluso ciencia, tal y como propusieran a finales del siglo XIX, tanto G. W. Cox en *An introduction to the Science of Comparative Mythology and Folklore*, como G. L. Gomme en su *Folklore As An Historical Science* y, posteriormente, en el siglo XX, A. H. Krappe en *The Science of Folklore. A classic introduction to the origins, forms, and characteristics of folklore*, J. Imbelloni con *Concepto y praxis del Folklore como ciencia*, o C. Vega, *La ciencia del Folklore, con aportaciones a su definición y objeto y notas para su historia en la Argentina*, entre otros, emplea, al igual que lo ha hecho en anteriores ocasiones, la voz “folclorística”.

En cuanto al elemento humano investigador, se aparta totalmente del término “folclorista”, no así apreciado en las citas textuales, para asumir la denominación de “folclorólogo”. Y, por último, el “folclorismo”, es decir, todo aquello que basándose en parte de la tradición, o por invención reciente, sirve para otros fines que los meramente altruistas y desinteresados.

El primer bloque, “Los precursores de la folclorística”, nos inicia en aquellos primeros pasos que, aunque faltos de metodología, sirven al autor para encauzar, hacia los siglos

XV-XVI, la recogida y presentación de documentación relativa a la hechicería, la brujería y las supersticiones, tan en boca del vulgo y que sirvió de excusa a una parte del Clero, con el fundamento de la Inquisición, para extirpar ciertas formas de sabiduría popular mantenidas por curanderas, y ligada a supuestos y oscuros actos.

Junto a recolecciones en el orden mitológico, surgen modas que caracterizan a cada época: los cuentos fueron un detonante de preferente importancia. Por un lado, la necesidad de elementos basados en la Cultura Tradicional, por otro y debido a la aspereza de las fuentes originales, las recreaciones formaban parte del adorno que un público expectante, generalmente perteneciente a la nobleza, deseaba escuchar. De esta forma nos encontramos con algunos de los más conocidos escritores de aquella época: Ch. Perrault o M.-C. J. de Berneville.

Este denodado interés de las clases altas por sus raíces culturales es matizado por P. Burke al conectar el Renacimiento, como tiempo de origen, y la Ilustración como franca heredera, en la mayor parte de Europa.

Italia, Alemania, Gran Bretaña y Francia, cuentan con literatos que, de forma directa o indirecta, pronuncian discursos acerca de la Mitología, las baladas, la lengua y, como no, la Filosofía: Bourne, Goethe, o el incansable Herder, entre otros. Además del pensamiento difundido, sirvieron de orientación, incitación e inculcación hacia la recogida de relatos y canciones populares a las siguientes generaciones y más concretamente a sus propios discípulos.

En una historia que se va tejiendo cual tela de araña, el autor nos introduce en el segundo bloque, que contempla el paso entre los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Tal y como remarca Prat, en el siglo XIX se constituyen los parámetros que cursan el devenir científico de la disciplina y de otras relativas a las Humanidades.

Al parecer, las mitologías griega y romana, que habían servido hasta entonces de apoyo básico a culturas de *status* superior, son apartadas tomando su lugar las raíces populares, en el fondo más cercanas en el tiempo, época medieval y, en el espacio: el campesinado como fuente de conservación de tradiciones y lengua.

Son los inicios del romanticismo y del nacionalismo: se mueve la necesidad de recoger el pasado antes de su "supuestamente" inevitable pérdida y, al mismo tiempo, fortalecer los cimientos de una sociedad industrial y obrera. Además, los valores que se consideran autóctonos, son defendidos como fórmula obligada diferencial del resto de culturas del entorno y lejanas.

Es en este clima cuando los hermanos Grimm hacen su aparición, logrando ser los primeros investigadores que utilizaron un método de trabajo de "folclorística". No obstante, acompaña un comentario en el que pretende establecer la discutida arbitrariedad llevada a cabo en algunos cuentos, a la hora de presentar las versiones originalmente recogidas, utilizando conjuntamente versiones orales y escritas. Se identifica esta época con la recogida con la de una gran cantidad de relatos e historias.

Poco tiempo después, aprovechando las circunstancias del momento, el anticuario W. J. Thoms bajo el seudónimo de "Ambrose Merton" escribe una carta al editor de la revista *The Athenaeum*, que es publicada en el número 982, con fecha de 22 de agosto de 1846.

Él mismo se hace acreedor de la unión de dos términos del idioma anglosajón, los cuales utiliza para determinar lo que hasta entonces era conocido por Antigüedades Popu-

lares o Literatura Popular, con un, en este caso conciso mensaje, afán recopilador de materiales procedentes de la tradición. Apuntando, por otro lado, ser conocedor de la obra de los Hnos. Grimm, los cuales habían introducido, a comienzos de dicho siglo el término *Volkskunde*, y anteriormente Herder con *Volkgeist*, a los que cita como ejemplo a tomar.

Thoms, al parecer sin apoyo textual alguno, acuñó una voz un tanto indefinida y ambigua de contenido real. No se dedicó a elaborar un sistema metodológico. El que sí lo hizo fue su compañero en la *Folklore Society* G. L. Gomme, verdadero inculcador, creando unos parámetros que intentaran servir al término *Folklore*, tal y como se ha mencionado anteriormente, como una ciencia.

Por aquel entonces, y antes, las colonias de los países imperialistas, servían de campo de acción a la recién creada saga de la Antropología general. Por un lado los naturalistas, por otro los filólogos y, entre todos ellos, los “folclorólogos”, filósofos, psicólogos y psicoanalistas. Cada uno en su acotado terreno, pero sin olvidarnos de otras inclusiones en el mundo de la magia, la naturaleza y la ecología, el viaje nos lleva ahora a una división geográfica del fenómeno, comenzando por la preocupación existente en algunos autores italianos para delimitar lo popular de lo culto, partiendo de la cultura del presente, de aquel presente, frente a los postulados considerados reliquias del pasado: Pittrè, Imbriani o Graf, entre otros. O los de literatura de corte costumbrista y viajera: J. M^a Goizueta, R. Ford, C. B. von Faber, G. A. Becquer, A. de Trueba o M. Díaz.

Esto nos sirve para dar paso y entrar de lleno en el resto de capítulos, con A. Machado y Álvarez, “Demófilo”, sin lugar a dudas, como uno de los primeros “folclorólogos” a nivel estatal, creador de la sociedad “El Folk-Lore Español” y, posteriormente, “El Folk-Lore Andaluz”. Actuó de resorte con sus estudios. Prolífico autor de artículos, además de traductor, en la malograda creación, por su interés y proyección irregular, de las sociedades de *Folklore* de la península.

Antes, durante y después, no obstante, resuenan nombres de contrastada calidad en la faceta de divulgación. La larga nómina abarca personajes de campos interconectados: Mila i Fontanals, Guichot y Sierra, Carreras i Candi, Capmany i Farres, Amades, Pedrell, Llano Roza de Ampudia, Menéndez Pidal, Hoyos Sáinz... Siendo a nivel de Euskal Herria, en su vertiente sur: J. V. Araquistáin, J. Manterola, T. de Aranzadi, R. M^a de Azkue, o J. M. de Barandiarán.

En el panorama internacional se dan cita grandes nombres que, en sus campos, han defendido y dirimido sus prospecciones, tal es así que, incluso, algunos de los existentes, son coincidentes en ambos lados de la balanza de las ciencias: Saintyves (E. Nourry), C. Lévi-Strauss, A. van Gennep, P. Sébillot, A. Varagnac, W. Worringer, A. Haberlandt, etc.

Sin embargo, como no podía ser de otra forma, la Antropología es la ciencia más próxima y relacionada. Por lo tanto, el peso específico recae en ella con la enumeración de grandes nombres, a pesar de la dificultad que conlleva la categorización de algunos de ellos.

Se dan cita todas las escuelas: los evolucionistas con L. H. Morgan, H. Spencer y E. B. Tylor; los difusionistas con Pitt Rivers, F. Graebner y K. M. Kluckhohn a la cabeza; los evolucionistas-funcionalistas con M. Mauss, E. Durkheim y L. Lévy-Bruhl; los funcionalistas con A. R. Radcliffe-Brown, B. Malinowski, E. Sapir o R. Lowie; los ritualistas con J. E. Harrison o A. Hocart; los formalistas, los simbolistas, etc.

Asimismo, los casos marcadamente considerados al margen de estas corrientes, como lo es el de C. Geertz, tienen su equivalencia en un gran pensador como lo fue J.

Caro Baroja, parte historiador, parte lingüista, parte etnólogo... Lo cual nos sirve para enlazar con otros conocidos "folclorólogos", coincidentes o no en el tiempo con este ilustre personaje, correspondientes al ámbito americano: P. Carvalho Neto, C. Vega, A. R. Cortazar, J. Imbelloni, A. Dundes o R. W. Bascom.

Como puede observarse por la gran información ofrecida en el libro, las ideas no tienen fronteras. Podemos aseverar que cada individuo que se ha dedicado en su parcela de estudio, ha dado su impronta y reflexión al Folclore o Folclorística. Puntos de vista, a veces distantes, a veces coincidentes.

Gracias a la amplia consideración de la disciplina, procedente en el campo de la investigación de la utilización del trabajo de campo y la vía oral, materializado principalmente, en otro tiempo, por la información obtenida vía escrita, se puede llegar a la conclusión de que ciencias tan dispares como cercanas, confluyen en pos de una conexión interactiva: Antropología Cultural, Antropología Social, Sociología, Etnografía, Psicología, Psicoanálisis, Filosofía, Filología, Lingüística, Geografía, Historia, Musicología, Tecnología, Derecho y Arquitectura / Artesanía.

No es fácil, ni mucho menos, el establecimiento y esquematización, incluyendo todo tipo de investigadores: en materias tan complejas como diversas; tan esenciales como interconectadas. No sólo por épocas, sino asimismo por escuelas, "ismos" e ideologías.

La coherencia en el estudio de cualquier cultura, no circunscrita a un espacio geográfico, grupos delimitados y tiempo, se torna en elemento clave que bajo postulados rigurosos en el orden científico acumulan una serie de aspectos que fundamentan la metodología a utilizar.

La historia de la "folclorística" tomando como base todos y cada uno de los campos que puede abarcar, que no son pocos, nos deja intuir la importancia de la sociedad que sustenta toda tradición histórica y también la calidad e influencia que tienen los estudiosos para sentar bases y criterios.

Cultura material e inmaterial, unidas y que, con el paso del tiempo, se han convertido en producto de consumo debido a las modas. Modas que surgen, como no podía ser de otra forma, en el mundo académico, en el *Folklore*, fuera del país.

Todo esto y más nos lo demuestra Prat en su extensa obra, proclamando la infinidad de materias de las que fluye o hacia las que proyecta, como un gran fuelle que insufla continuamente aire para lograr su cometido, el cual no es otro que exponer concomitancias, fuentes de inspiración y demás logros obtenidos a partir de las observaciones, encuestas, documentación de archivo o textos de orígenes diversos y, por supuesto, bajo la subjetividad que todo ser humano posee para demostrar sus teorías.

Emilio X. Dueñas